

dóciles á su voz, obedecieron.

La pira, pues, con oloroso vino apagaron, vertiéndole en la parte á que llegó la llama, y la ceniza se aplanó toda. En doloroso llanto la faz bañada, recohieron luego de oro macizo y puro en urna breve los huesos del antiguo camarada, á todos caro porque dulce y fácil para con todos fué miéntras vivía: y á su tienda llevándola, con fino cendal allí cubierta la dejaron. Y á la pira volviendo, de la tumba trazaron luego la circular figura el ámbito, y echaron los cimientos, en el paraje en que la pira estuvo: y excavada la tierra y en el hoyo de nuevo amontonada, y elevado un túmulo sencillo, se volvieron adonde estaba Aquíles. Mandó el héroe que el ejército allí se detuviera, y en círculo sentado se quedase á presenciar los juegos que pensaba para honrar la memoria de Patroclo dar aquel día. De sus naves luego los premios ordenó que se trajeran para los vencedores. Consistían en calderas, y trípodes, y mulas, y caballos, y bueyes corpulentos, y elegantes cautivas, y bruñido luciente hierro. Al vencedor que fuese en el primer combate, que debía ser el de la carrera de caballos, puso por premio de belleza rara una gallarda jóven en labores instruida de manos, y un hermoso trípode de dos asas que cabía veinte y dos modios. Al que más de cerca al primero siguiese, de seis años una yegua ofreció que no domada estaba aún, pero cubierta fuera por alto garañon. Para el tercero una hermosa caldera, que la llama no ennegreciera aún y que cabía cuatro medidas, puso. Para el cuarto dos talentos en oro, y para el quinto grande y luciente jarra que del fuego aún tocada no fuera. Y levantado en pié y hablando con la hueste toda, en resonante voz así decía:

«¡Atridas y demas esclarecidos
»campeones de Acaya! Aquí los premios
»teneis que llevarán los que en brillantes
»carros subidos los bridones guíen
»en rápida carrera. Si los juegos
»por otro celebrasen los Aquívos
»yo sin duda el primero ganaría,
»y gozoso á mi tienda le llevara.
»Cuánto ya mis caballos aventajen
»á todos los demas en ligereza,
»bien lo sabeis: ni maravilla es mucha,
»pues inmortales son. Este regalo
»á mi padre Peleo hizo Neptuno;
»y á mí el anciano, cuando á Troya vine,
»me los cedió. Mas yo, ni mis trotones,
»no entraremos en lid; que tristes ellos
»están porque perdieron el auriga
»que tierno los cuidaba. ¡Ah! ¡cuántas veces,
»lavado habiendo sus hermosas crines
»en agua cristalina, las regaba
»con untuoso aceite! Así, afligidos
»están ahora y derramadas tienen
»sobre el suelo las crines, y suspiran
»por su antiguo escudero. Mas vosotros,
»los que alarde querais de vuestros carros
»y bridones hacer, en el combate
»animosos entrad.» Así decía
el hijo de Peleo, y los mejores
aurigas á su voz se levantaron.

El primero de todos el valiente Eumelo alzóse, del antiguo Admeto esclarecida prole, que en el arte de regir la carroza y los caballos á sus competidores excedía. Segundo alzóse de Tideo el hijo, Diomédes valeroso, y los bridones de los de Tros nacidos que quitado á Enéas él había (á quien Apolo salvó la vida entónces) bajo el yugo unció de su carroza. Fué el tercero el rubio Menelao, el poderoso hijo de Atreo, y á su carro puso de Agamenon la yegua corredora Eta llamada, y el veloz Podargo caballo suyo. Agamenon la yegua habia recibido de Equepolo, hijo del griego Anquises. Habitaba aquel en Sicion y se la diera por no seguirle á Troya, y de los muchos bienes gozar en paz que el alto Jove

le habia dado; y esta fué la yegua que, de correr ganosa, Menelao unció entónces al yugo. Cuarto alzóse el animoso Antíloco de Néstor, y dos altos bridones puso al carro que en Pilos se criaran y corrieran otro tiempo veloces. Mas su padre, acercándose á él, en voz sumisa muchos consejos útiles le daba, por más que él estuviese ejercitado en semejantes juegos y carreras.

«¡Antíloco! (le dijo) aunque tan jóven
»eres aún, amáronte Neptuno
»y Jove, y reglas te enseñaron muchas,
»cuantas contiene el arte, los bridones
»para regir seguro. Necesario
»no será, pues, que te repita ahora
»yo sus lecciones. De la meta en torno
»á dirigir el carro has aprendido;
»pero no tus caballos corredores
»son, sino muy pesados; y recelo
»que grave desventura te suceda.
»Son, cierto, más veloces los caballos
»de tus rivales; pero no te exceden
»en saber ellos, ni en prudencia, mucho.
»Así tú, amado mio, con el arte
»la ventaja que llevan sus caballos
»á los tuyos iguala, porque el premio
»no de tus manos huya. Con el arte
»más hace el leñador que con la fuerza:
»con el arte el piloto por las ondas
»rige derecha frágil navecilla
»entre contrarios vientos: con el arte
»triumfa el auriga de rival más fuerte.
»Pero el que mucho en sus caballos fía,
»imprudente la rienda les afloja;
»y á este lado y aquel por la llanura
»ellos vagando, á moderar no alcanza
»su rápido correr cuando á la meta
»ya dar la vuelta debe. Mas teniendo
»siempre en ella los ojos aunque guíe
»inferiores caballos, el auriga
»cauto y prudente, al acercarse á ella,
»tuerce la brida y el momento aguarda
»de aguijar con el látigo sonoro
»á sus bridones; y con mano firme
»en tanto los sujeta, y siempre mira
»al que delante va. La que tú ahora
»debes doblar, y conocerla es fácil,
»te mostraré para que no imprudente

»mucho te alejes de ella. Del camino
»verás en la estrechura un tronco seco,
»ó de encina ó de pino, que las lluvias
»no pudrieron aún y de la tierra
»un codo sobresale; y á sus lados
»dos piedras blancas hay no muy distantes,
»ya de algun hombre el monumento sean
»muerto en la edad pasada, ó ya por linde
»del campo las pusiesen los mayores:
»y hácia uno y otro lado se dilata
»ancho camino en que correr los carros
»cómodamente pueden, y por eso
»Aquíles manda que la meta sea
»para vuestro combate. Cuando llegues
»cerca del tronco seco, á tus caballos
»aguija con el látigo sonoro
»para que, sin tocarle, den la vuelta
»á él arrimados. Y en la ebúrnea silla
»tú inclinado á la izquierda, con tus voces
»anima y con el látigo estimula
»al caballo derecho, y con la diestra
»aflojale la brida; y el izquierdo
»á la meta se arrime tan cercano,
»que tocarla parezca con el cubo
»de la rueda voluble. Mas la piedra
»guárdate de tocar; no á los bridones
»hieras acaso y en menudos trozos
»el carró rompas, y el ludibrio seas
»de los otros rivales y de oprobio
»quedes cubierto y de ignominia. ¡Jóven!
»sé cauto y precavido; que si logras
»doblar la meta ileso, ya ninguno
»alcanzarte podrá ni adelantarse
»á tí; ni aunque detras te persiguiera
»el caballo inmortal que tuvo Adrasto,
»y de raza divina descendía
»y Aríon se llamaba, ó los que tuvo
»Laomedonte y en Troya se criaron
»y tan famosos eran.» Así Néstor
hablaba con el hijo; y cuando todo
le hubo explicado, se volvió á su silla;
y en tanto Meriónés con su carro,
quinto adalid, y sus caballos vino.

Subieron en los carros, y las suertes echadas en un yelmo que agitaba Aquíles, la de Antíloco primera saltó de todas. La segunda cupo al poderoso Eumelo; la siguiente al Atrida; la cuarta á Meriónés, y á Diomédes la quinta. Se formaron

en fila por el orden que la suerte á todos asignara; y á lo lejos en la llanura la terrible meta Aquiles con el dedo les mostraba. Y á Fénix envió para que fuese, no lejos asentado del camino, atento observador de la carrera; y en memoria teniendo cuanto viese, la verdad á la vuelta les contara.

Todos al mismo tiempo levantaron el látigo sonante; y sobre el lomo dejándole caer de sus bridones, en ardientes y rápidas palabras los animaban á correr ligeros. Partieron los caballos, y animosos la distancia que habia hasta la meta desde las naves en veloz corrida atravesaron; y debajo el pecho oscuro remolino se veía del mucho polvo que al correr alzaban, cual tenebrosa nube que de rayos cargada viene. Las hermosas crines, por el soplo del Zéfiro movidas, ondeaban airosas; y los carros, unas veces cosido con la tierra, y otras al aire alzados se veían. Y en la silla sentados los rivales, dentro del pecho el corazón á todos mucho latía en la penosa duda de conseguir la deseada gloria de llegar el primero. Y con sus voces cada cual animaba á sus caballos; que rápidos corrían y de polvo densa nube en el aire levantaban.

Cuando por fin la peligrosa meta felizmente doblaron todos ellos y hacía el mar espumoso ya volvían, de cada cual el ardimiento y brío claro entónces se vió; que de consuno el galope tendido comenzaron. Iban delante las veloces yeguas de Eumelo, y á la espalda le seguían los fogosos caballos de Diomedes de los de Tros nacidos y no lejos iban del primer carro; ántes tan cerca que siempre parecia que subirse encima de él ansiaban, y de Eumelo la espalda toda y anchurosos hombros calentaba su aliento, y la cabeza sobre él puesta corrían. Y delante

pasaran, y dudosa la victoria por algun tiempo hicieran, si irritado Apolo con el hijo de Tideo, de las manos el látigo brillante no le hubiese arrancado y en la arena no se le echara. En cólera terrible entró el alma del héroe, y sus dos ojos lágrimas triste de dolor bañaron, al ver que ya las yeguas animosas y más veloces sin cesar corrían, y que sus dos caballos alojaban porque ya no sentían del azote el temido aguijón. Pero á Minerva no se ocultó que al hijo de Tideo la victoria arrancara de las manos doloso Febo; y desde el alto Olimpo presurosa bajando, y acercada al Príncipe y poniéndole en la diestra el látigo sonoro, á sus bridones más vigor inspiró. Y ardiendo en ira al hijo fué de Admeto, y junto al yugo le rompió el correon; y las dos yeguas desuncidas y fuera del camino corrían desbocadas. En el polvo cayó el timón del carro, y el mancebo de la silla cayó junto á la rueda, y en los codos se hirió, boca y narices, y al entrecejo se rompió la frente; y los ojos en lágrimas bañados, ya ni la voz articular podía. Y adelantado el hijo de Tideo, aguijó sus bridones; y á los otros dejaba muy atrás, regocijado porque Minerva ligereza y brío infundió á sus caballos y la gloria le dió del vencimiento. A Diomedes Menelao seguía, y no distante Antíloco á los dos; y á los caballos de su padre aguijó con estas voces:

«El paso redoblado, este el instante
»es de correr ligeros. Yo no os mando
»que disputeis la palma á los bridones
»del hijo de Tideo; porque Pálas
»vigor les infundió, y de la victoria
»el honor dió á su dueño. A los caballos
»alcanzad del Atrida prontamente,
»y no atrás os quedeis; ni de ignominia,
»hembra siendo la yegua que su carro
»arrastra, os llene. ¿Cómo, tan ligeros
»ántes habiendo sido, en este día

»así os dejais vencer? Pues yo os anuncio,
»y cumplido será, que ya en la casa
»de Néstor no sereis alimentados
»como hasta ahora, y con agudo hierro
»os matará, si por desidia vuestra
»el menor de los premios alcanzamos.
»Animo, pues, y en rápida carrera
»siempre marchad: y á mi cuidado quede,
»de la astucia valiéndome y el fraude,
»que adelante paseis á los caballos
»del Atrida al llegar á la estrechura
»del camino; y por más que diligente
»él á los dos aguije, no el estrecho
»habrá pasado sin que yo le vea.»

Así Antíloco dijo: y los bridones, de su señor temiendo la amenaza, por algun breve espacio más ligeros corrían. Y entre tanto la angostura que debían pasar en un barranco por las aguas cavado del invierno, que una parte robaran del camino, alcanzó á ver Antíloco. El Atrida por la senda guiaba sus bridones procurando evitar que el otro carro, al pasar, con el suyo se rozase; pero Antíloco fuera del camino, torciéndoles la brida, sus caballos sacó veloz; y por el lado y cerca á su rival seguía, que temiendo el choque de los carros le gritaba:

«¡Antíloco! deten esos bridones,
»y fuera del camino y desbocados
»no así los lleses. Por angosta senda
»caminamos ahora, pero pronto
»se ensanchará; y si anhelas á pasarme,
»allí podrás hacerlo. Guardate, amigo;
»no sea que en mi carro tropezando
»el tuyo, ambos se rompan, y á nosotros
»arrastran por la arena los bridones.»

Así dijo: y Antíloco, fingiendo que no le oía, con mayor ahinco á correr sus caballos incitaba con el látigo hiriéndolos; y pronto tanto se adelantaron al Atrida, cuanto suele correr disco que arroja da algun mancebo la robusta mano que de su fuerza juvenil pretende hacer alarde. En tanto los bridones del Atrida cejaron, pues él mismo de aguijarlos cesó, porque temía

que en el camino angosto atropellados: ellos y los de Antíloco volcasen el uno y otro carro, y en la arena cayesen los aurigas que anhelosos á vencer aspiraban; y ceñudo al jóven reprendió con estas voces:

«¡Antíloco! entre todos los mortales
»ninguno á tí en malicia se aventaja,
»y sin razon creíamos las Griegos
»que eras mozo sensato. Sigue ahora
»gozoso tu camino; pero sabe
»que no tú el premio llevarás segundo,
»si ántes no juras que por ruin falsía
»le has conseguido.» A sus caballos luego con la voz animó, y así les dijo:

«No ya el paso aflojeis, ni acobardados
»por el dolor esteis. Cansadas ántes
»los caballos de Antíloco sus piernas
»sentirán que vosotros, porque viejos
»ambos son.» El Atrida así gritaba á sus bridones; y en veloz carrera, de su señor la cólera temiendo, en breve á los de Antíloco alcanzaron.

Miraban los Aqueos desde el circo á los caballos, que en veloz carrera nube alzaban de polvo en la llanura, y el Rey de los Cretenses el primero observó que los carros ya volvían; porque fuera del circo en una loma y más alto que todos se asentara. Y la voz escuchando del Atrida, la conoció; pero notó que el carro que venía delante por bridones era tirado y que el mejor tenía, siendo todo bermejo, de la frente en medio blanca mancha tan redonda como la luna; y á los Griegos dijo, poniéndose de pié: «¿Seré yo solo,
»Príncipes y adalides de la Grecia,
»el que haya distinguido los bridones
»que apresurados llegan, ó vosotros
»desde el circo también á divisarlos
»alcanzais? Otros son los que primeros
»vienen ahora, y otro el que los guía
»también parece. ¿En el camino acaso
»se han herido las yeguas que hace poco
»eran las más veloces? Las primeras
»las ví doblar la meta, mas ahora
»no las alcanzo á ver aunque registro
»todo el campo de Troya con mis ojos.